

LA DIPLOMACIA DE FRANCISCO. LA MISERICORDIA COMO PROCESO POLÍTICO

En su encuentro habitual con el cuerpo diplomático acreditado en la Santa Sede, el Papa Francisco ha señalado este Año Jubilar como la ocasión para el diálogo y la reconciliación de cara a la edificación del bien común. Ha afirmado que la misericordia ha sido el hilo conductor que ha guiado sus viajes apostólicos. ¿En qué sentido se puede decir que la misericordia tiene importancia política? ¿De qué manera se debe entender como una forma de actuar política y diplomática? Este artículo trata de describir las características de esta diplomacia de la misericordia dentro de la inteligencia geopolítica que Bergoglio está mostrando en el desarrollo de su ministerio petrino.

La diplomacia di Francesco. La misericordia come processo politico, La Civiltà Cattolica 3875 (2016) 209-226.

La misericordia cambia el sentido del tiempo y de los procesos históricos

Dios no solo trabaja en la vida de las personas sino también dentro de los procesos históricos de los pueblos y naciones, incluso en los más complejos e intrincados. Así la misericordia de Dios se inserta en los acontecimientos de este mundo: de la sociedad, de los grupos humanos, de las familias y de los individuos.

En su primera entrevista de 2013 el Papa dice que “Dios se manifiesta en una revelación histórica. Dios se manifiesta en el tiempo y está presente en el proceso de la historia. Esto da prioridad a las acciones que generan dinámicas nuevas. Y requiere paciencia”. La

misericordia, para Bergoglio, se extiende a lo largo del tiempo orientando a “la persona hacia un proceso de reconciliación”. Entonces, ¿cómo funciona la fuerza de la misericordia en el tiempo?

En su homilía de la misa del 1 de enero de 2016, en la 49 Jornada Mundial de la Paz, Francisco propuso una reflexión sobre el significado de la historia y del tiempo. Citando Ga 4,4 recordó que con el nacimiento de Jesús “tiene lugar la plenitud de los tiempos”. Pero, dice el Papa, si nos fijamos en los acontecimientos de la historia, entendemos que la plenitud de los tiempos coincide con la condición de falta de libertad del pueblo elegido. Para Bergoglio, “la plenitud del tiempo es la presencia de Dios en primera persona en nuestra his-

toria, no una serie de factores favorables humanos. Y esta presencia gloriosa se manifiesta en nuestra dramática experiencia histórica”.

La plenitud del tiempo “parece desmoronarse frente a las múltiples formas de injusticia y violencia que hieren continuamente a la humanidad”. El Papa enumera estas formas a manera de letanía: opresión, soberbia, maldad, violencia, odio, guerra, hambre, persecución... Por lo tanto, “un río de miseria, alimentado por el pecado, parece contradecir la plenitud de los tiempos hecha realidad desde Cristo”. Y sin embargo -prosigue Francisco- “esta inundación no es rival para el océano de misericordia que inunda nuestro mundo”.

La presencia misericordiosa de Dios puede cambiar un tiempo de miseria en la plenitud del tiempo disolviendo el fango y barriendo los residuos.

No considerar nada como definitivamente perdido

En este sentido la misericordia, con su impacto sobre el significado teológico de la historia, también puede tener un valor político. Lo ha entendido bien la jefa de estado de la transición de la República Centroafricana, la señora Sambra-Panza. Sus palabras de bienvenida al Papa en la ciudad de Banqui, herida por una guerra civil que llenó de sangre sus calles, fueron las pri-

meras palabras de un jefe de estado que reconocía explícitamente en un discurso oficial el valor *político* de la palabra *espiritual* “misericordia”. El regalo esperado de esta visita del Pontífice -dijo- es que el país “encuentre el camino de una nueva espiritualidad sólidamente enraizada en la tolerancia, el amor al prójimo, el respeto de la dignidad humana y de la autoridad establecida”.

En el fondo, el jubileo de la Misericordia consiste en un nuevo anuncio de Dios y expresa su compromiso de reabrir, no solo en términos abstractos, sino existencialmente, la cuestión de Dios, acerca de quién es Dios. Decir que Dios es omnipotente y eterno significa -como ya señaló santo Tomás- que lo es en su misericordia. El rostro de Dios misericordioso fundamenta una manera de afrontar el compromiso político.

Postular esta misericordia omnipotente significa pensar en la reconciliación del tablero mundial como un objetivo practicable. Por eso Francisco ha pedido al Congreso de los Estados Unidos “superar las históricas diferencias vinculadas a dolorosos episodios del pasado”. Esta visión geopolítica supone la atención a las heridas dolorosas de la humanidad sangrantes en el presente.

¿Qué significa la misericordia como categoría política? En síntesis podríamos decir: no considerar nunca nada ni nadie como definitivamente perdido en las relacio-

nes entre las naciones, los pueblos y los estados. La misericordia reorienta las aguas del curso de la historia y abre los diques del determinismo. Esta apertura se expresa simbólicamente en la apertura de miles y miles de Puertas Santas en el mundo.

El Papa Francisco no utiliza nunca mecanismos interpretativos rígidos para afrontar las situaciones y las crisis internacionales. La dinámica de la misericordia obliga -al menos conceptualmente- a lo que el Papa ha definido como “pensamiento incompleto” o “pensamiento abierto”.

Una geopolítica incompleta y abierta

¿Cuáles son las consecuencias de este pensamiento abierto? Para comprenderlo nos proponemos describir algunos acontecimientos.

“¡No más guerra!” y “La guerra llama a la guerra y la violencia llama a la violencia”, había exclamado Francisco durante el ángelus del 1 de septiembre de 2013 a propósito de la situación siriana. Pocos días después, escribiendo al presidente Putin en ocasión del encuentro del G20 en San Petersburgo, Francisco afirmó: “Siento tener que constatar que demasiados intereses creados han prevalecido desde el inicio del conflicto sirio, impidiendo encontrar una solución que evitase la inútil masacre a la que estamos asistiendo”. Y tam-

bién se dirigió a los líderes del grupo del G20: “Hago una profunda llamada para que puedan encontrar vías para superar las diversas contraposiciones y abandonar la vana pretensión de una solución militar”. Y además, en el ángelus del 8 de septiembre: “Esta guerra de aquí, esta guerra de allá -porque en todas partes hay guerras- es realmente una guerra por problemas o es una guerra comercial para vender armas en el comercio ilegal? Estos son los enemigos a combatir, unida y coherentemente”. Las palabras de denuncia y enmascaramiento de la guerra fueron acompañadas por una vigila de ayuno por la paz que ha tenido un amplio seguimiento internacional y que ayudaron a detener los bombardeos que se perpetraban.

Hoy en día, ante el conflicto intra-islámico entre sunitas y chiítas, estas palabras advierten del riesgo de tener que jugar a contraponer Riad y Teherán, posicionándose de un lado o del otro. El cuadro es extremadamente complejo, y ahora aún más ante la proximidad de las elecciones americanas y de las tensiones entre Ankara y Moscú. Pero, para eliminar el llamado Estado Islámico, es necesario que sunitas, chiítas, Rusia y Occidente hagan causa común. No hay pues que imaginar una serie de razones morales, se impone la necesidad de ver la situación desde una óptica diferente.

Siempre en esta situación está presente el compromiso de considerar a Irán como posible interlo-

cutor. También debe considerarse abrir la puerta a la Rusia de Putin, que ha sido recibido dos veces en el Vaticano. Así como el deseo de establecer un puente diplomático con la China de Xi Jinping, país al que el Papa ha expresado su deseo de visitar.

Debe recordarse también la importante acción que ha llevado al acercamiento de Cuba al continente norteamericano: tanto Obama como Raúl Castro han agradecido públicamente al Pontífice por el papel desarrollado. La Santa Sede, por otra parte, está contribuyendo al éxito del proceso de paz entre el gobierno de Colombia, las Fuerzas armadas revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación nacional (ELN).

La Santa Sede ha establecido o quiere establecer un trato fluido con las superpotencias, sin querer entrar en redes pre-establecidas de alianzas e influencias. Y esto en un cuadro internacional muy revuelto en los últimos años y que requiere -en particular en el Medio Oriente- soluciones bien diferentes de las que se han experimentado en el pasado. Francisco lo ha entendido, entre otras cosas tras el decidido viaje a Sarajevo y verificando la precariedad del Acuerdo de Dayton.

Esta dinámica libre y fluida de la diplomacia de Francisco se ha verificado de manera particular ante los Estados Unidos, donde su discurso no ha ofrecido ninguna posibilidad de confirmar la identi-

ficación del catolicismo con las categorías políticas de conservadores o progresistas, o las de la ética a favor de la vida *versus* a favor de la decisión, o étnicas, como por ejemplo, los latinos en oposición a los irlandeses o a los *wasp* (blanco, anglosajón, protestante). Bergoglio abraza plenamente la crítica agustiniana de una religión entendida como parte esencial de toda construcción simbólica e imaginaria que sostiene la sociedad a través de un poder sacralizado.

La misericordia desmonta la maquinaria narrativa del fundamentalismo

Este rápido resumen es suficiente para comprender cómo para Francisco la misericordia se define políticamente como libertad fluida de movimiento, como no aceptación de implementaciones rígidas, como agilidad en la construcción de puentes entre tierras y posiciones distantes. Todo esto pone en movimiento lógicas impredecibles, propias de una visión poliédrica y multipolar.

Ante el horror -la shoah, los atentados de París...- la primera reacción de Francisco es la consternación, no la explicación. Así, tiende a evitar radicalmente la lógica binaria que divide el mundo en víctimas y culpables. Recordamos las palabras de su discurso durante la visita al memorial del Yad Vashem, en Jerusalén, el 26 de mayo de 2014: “Este abismo no puede

ser solo obra de tus manos, de tu corazón. ¿Quién te ha corrompido? ¿Quién te ha desfigurado? ¿Quién te ha contagiado la presunción de aprovecharte del bien y del mal?”.

En una llamada telefónica a Lucio Brunelli, director de TV2000, después del atentado de París del 13 de noviembre de 2015, Francisco dijo: “Estoy conmovido y entristecido. Ni entiendo ni creo que se puedan entender estas cosas hechas por seres humanos”. En primer lugar, expresa la condena más enérgica, porque reconoce la irreductibilidad del pensamiento claro y distinto a lo que ha sucedido en su radical inhumanidad. Por otra parte se entiende bien que el Papa se deje interrogar sin domesticar la pregunta con lecturas obvias.

El hecho de que el Pontífice arremeta contra los traficantes de armas, sin caer en la tentación de identificar una religión con el fundamentalismo, significa que pone en juego todos los factores políticos y económicos que llevan a vivir la situación de crisis. Había escrito en la encíclica *Laudato si*: “Se requiere de la política una mayor atención para prevenir y resolver las causas que puedan originar nuevos conflictos. Pero el poder conectado con las finanzas es el que más se resiste a este esfuerzo, y los diseños políticos no suelen tener amplitud de miras” (n.57). “Si la política debe estar realmente al servicio de la persona humana -ha rebatido a los miembros del Congreso de los Estados Unidos-

no puede estar sometida al servicio de la economía y de las finanzas”.

La nueva revista de geopolítica *Limes* ha comentado acertadamente: “El Papa Francisco y sus colaboradores no ofrecen bendiciones a las ideas y a las estrategias que durante décadas han atestiguado el déficit de comprensión o la mala fe del liderazgo político e intelectual de Occidente ante las convulsiones de Medio Oriente”. El Papa está muy lejos de la teoría del choque de civilizaciones. Francisco tiene la intención de desmontar esa doble narrativa de la batalla final, de amargo sabor religioso, que nutre la narrativa del terror y alimenta el imaginario del yihadismo y de las nuevas cruzadas. El fundamentalismo no es el producto de la experiencia religiosa, sino una pobre e instrumental concepción de ésta.

Fabro, Przywara, Dostoyevski: en la raíz de la visión bergogliana

El análisis de Bergoglio es capaz de considerar todos los elementos de un cuadro político, sin caer en la demagogia populista del terror disfrazado de defensa de las raíces cristianas, que de hecho la instrumentaliza.

Bergoglio -en esto es un agudo lector del gran teólogo jesuita Przywara, maestro de Hans Urs von Balthasar- postula el final de

la época constantiniana, refutando radicalmente la idea de la realización del Reino de Dios en la tierra, que estaba en la base del sacro imperio romano y de todas las formas políticas e institucionales similares a la dimensión del “partido”. La Iglesia debe ser abierta y nunca ser una entidad cerrada y excluyente. Se trata de seguir a Cristo fuera de la muralla de la ciudad santa donde muere como un maldito para poder acoger a la humanidad entera, aunque se crea maldita y abandonada de Dios (cfr. Ga 3, 13).

En esta lucha contra el imperialismo y el integrismo de cualquier signo, Francisco es radical, y llega, de manera provocativamente evangélica, a llamar a los propios terroristas con una expresión profunda de condena y compasión: “pobre gente criminal”. En esta filigrana, vemos siempre al pecador -en este caso al terrorista- como el hijo pródigo y no como una especie de encarnación diabólica. De este modo se ve la realidad desde una perspectiva doble, que incluye y no excluye al enemigo y su bien mayor. Cuando se llega a mirar al hombre que comete un horror con una forma especial de piedad, triunfa de manera humanamente inexplicable -e incluso escandalosa- aquello que es propio de la fuerza íntima del Evangelio de Cristo: el amor al enemigo. Aquí está el triunfo de la misericordia.

Sin esto, el evangelio no deja de ser un discurso edificante, pero no revolucionario. La aportación

del Papa a caminar juntos como hermanos es lo único que puede tener mayores efectos y más duros a nivel político. Es la elección de Cristo ante el gran inquisidor, tal como la presenta Dostoyevski en los hermanos Karamazov: “Un beso en los labios pálidos de quien anuncia la condena a muerte; un beso que no hace cambiar de idea pero que hace temblar los labios y que quema el corazón”.

La geopolítica bergogliana tiene la intención de desatar los nudos, aligerándolos con la unción del bálsamo evangélico, es decir de la misericordia, o al menos imaginando una convivencia humana y una acción política que hable el lenguaje de la reconciliación con el enemigo sin excluirlo. Es propio de esta estrategia de la misericordia estar en contra del yihadismo y del teocon radical. Pero lo es más de las posiciones iluminadas que golpean -aunque de forma satírica como ha pasado en Francia- directamente a Dios y la religión en general, y no sobre los verdaderos culpables que tienen un nombre y un apellido y utilizan el nombre de Dios.

La trayectoria de los viajes bergoglianos revela bien la visión política descrita: es una trayectoria de misericordia. Considera como criterio prioritario permitir al Papa tocar con la mano las heridas abiertas, realizar gestos de valor terapéutico. Por eso ha tocado la herida del muro de Belén, sobre el cual ha apoyado la cabeza y ha re-

zados. Lo ha dicho en el Congreso de los Estados Unidos: la nuestra “debe ser una respuesta de esperanza y de sanación, de paz y de justicia. Pedimos apelar al coraje y a la inteligencia para resolver las muchas crisis económicas y geopolíticas de hoy”.

Así ha pasado cuando Francisco ha visitado Corea sin hablar de Norte y Sur, sino de un país unido por una lengua madre. Por eso ha visitado Sarajevo, como se dijo, pero también Albania y Lampedusa, Puerta de Europa, a la cual significativamente ha dado el crucifijo que recibió como regalo en Cuba de Raúl Castro. Por eso sobrevoló el mar que separa y une Cuba y Estados Unidos. El Papa no podía no tocar estas heridas abiertas, donde la misericordia debe declinarse en clave política. Por eso ha querido visitar Bangui, a pesar de las fuertes presiones diplomáticas y periodísticas ejercidas sobre él y sobre la máquina organizativa.

El diálogo promovido por la misericordia no significa primero discutir juntos sobre las ideas y las posiciones, sino hacer cualquier cosa juntos y antes de nada estar juntos, empapar todo en la oración. Podemos encontrar la raíz espiritual de esta visión en un jesuita muy querido por Bergoglio y que ha canonizado: Pedro Fabro (1506-1546).

Existe finalmente una especie de estética de la reconciliación y de la armonía religiosa que lleva a encontrar un lenguaje común. Ne-

cesitamos un nuevo imaginario de paz. El papa y el imán que están juntos en el papamóvil por las calles del barrio más peligroso de Bangui construyen una imagen de paz fruto de la amistad personal que tienen el imán Omar Kobine Layama y el arzobispo Dieudonné Nzapalainga. Es a partir de este estar y hacer que es posible decir, hablar juntos.

Sobre el pacifismo

Francisco había dicho en su primer discurso al Cuerpo diplomático acreditado en la Santa Sede (22 marzo 2013): “Uno de los títulos del obispo de Roma es pontífice, es decir, aquel que construye puentes, con Dios y entre los hombres. Quiero que el diálogo entre nosotros ayude a construir puentes hacia todos los hombres, es decir, que cada uno pueda encontrar en el otro no un enemigo ni un competidor, sino un hermano al que aceptar y abrazar”.

La primera barrera a superar con un puente es la indiferencia, que separa todavía más que el odio. Descubrir el verdadero rostro de Dios, el rostro del misericordioso, significa descubrir lazos de conexión, dependencia, solidaridad que nos unan a todos. Por lo tanto significa desatar el nudo que nos hace cerrarnos a los demás, tanto en la dimensión espiritual como en la social y la política.

Y aquí reencontramos el núcleo

del mensaje para la 49 Jornada Mundial de la Paz: “Existen múltiples razones para creer en la capacidad de la humanidad de actuar juntos en solidaridad, en el reconocimiento de la propia interconexión e interdependencia, teniendo cuidado de los miembros más frágiles y la salvaguarda del bien común. Esta actitud de corresponsabilidad solidaria está en la raíz de la vocación fundamental a la fraternidad y a la vida común”.

La paz, para Bergoglio, significa actuar en las más altas esferas de la política internacional en nombre de los descartados, los más débiles. Hablando al congreso de los Estados Unidos, lo ha dicho con palabras claras: “Una sociedad política permanece en el tiempo cuando se esfuerza, como vocación, por satisfacer las necesidades comunes, estimulando el crecimiento de todos sus miembros, especialmente de aquellos en situación de vulnerabilidad o riesgo. La actividad legislativa está siempre basada en el cuidado de la persona”.

En sus palabras hay una meditación muy profunda sobre el discurso del juicio final del capítulo 25 del evangelio de Mateo, uno de los textos que siempre ha estado en el corazón del magisterio de Francisco, junto al capítulo 2 de la carta a los Filipenses: “la misericordia es el amor que vive la miseria del otro como si fuese la propia”. La iniciativa de la paz, en un mundo que vive una dramática tercera guerra mundial en pedazos, debe

estar siempre unida a los dos grandes temas sociales que preocupan mayormente al Papa: la paz social y la inclusión social de los pobres. Por eso el discurso de Francisco al cuerpo diplomático del 2016 se ha centrado en el tema de la migración, que produce situaciones de marginación y debilidad. El Papa pidió “establecer proyectos a medio y largo plazo que vayan más allá de la respuesta de emergencia. Deberían, por un lado, ayudar a la integración de los migrantes en el país de acogida, y por otro, favorecer el desarrollo del país del que provienen con políticas solidarias, que no sometan la ayuda a estrategias y prácticas ideológicas extrañas o contrarias a la cultura del pueblo al que nos estamos dirigiendo”.

Francisco ha advertido al cuerpo diplomático (11 de enero de 2016): “No podemos pensar en la actual coyuntura soluciones perseguidas de manera individual dentro del Estado, porque la consecuencia de las elecciones de cada uno recaen inevitablemente en el interior de la comunidad internacional”. De esta consecuencia nace la llamada a la responsabilidad del estado. En *Evangelii Gaudium* el Papa no ha dejado de recordar solemnemente el juicio de la historia a sus líderes (cfr. EG 224).

De aquí, una última consideración: “Me gustaría hacer una triple llamada a abstenerse al arrastre de otros pueblos en conflicto o guerra que destruyen no solo la riqueza material, cultural y social –y a lo

largo del tiempo- la integridad moral y espiritual; a la cancelación o a la gestión sostenible de la deuda internacional de los Estados más pobres; a la adopción de políticas de cooperación que, en lugar de doblegarse a la dictadura de alguna ideología, respeten los valores de la población local y que, en cada caso, no sea perjudicial al derecho fundamental e inalienable de los no nacidos a la vida”. En estos tres puntos reconocemos cómo la misericordia puede traducirse en formas políticas.

Es posible encontrar la virtud fundamental necesaria para los responsables de las naciones. Lo reconocemos tras lo que el Papa ha propuesto a la curia romana en ocasión del inicio del año 2015: “Intrepidez y disposición”.

La misericordia, acto político por excelencia

Son numerosas las voces de pastores que han apelado a considerar las consecuencias políticas de la misericordia, sabiendo que “ser hombre capaz de misericordia” hoy significa aceptar el riesgo de la caridad política, sometida por su naturaleza a la ruptura de decisiones difíciles, la fatiga de las decisiones que no todo el mundo entiende, a la molestia de las contradicciones y los conflictos sistémicos, al amplio margen de error siempre al acecho.

El cardenal Luis Antonio Ta-

gle, arzobispo de Manila, viendo la situación de su país dice claramente: “En nuestra nación debe llevarse la misericordia a la política”. El patriarca latino de Jerusalén Fouad Twal, en su mensaje de Navidad, ha puesto ante sí Tierra Santa, inmersa aún en el círculo infernal y sanguinario de la violencia. Según él, se necesita encontrar cuáles son las causas y las raíces de este azote y afrontarlo. Tenemos que luchar contra la pobreza y la injusticia, que supone construir un terreno favorable al terrorismo y, contemporáneamente, se necesita promover la educación a la tolerancia y a la aceptación del otro. En este sentido el camino de la misericordia representa una respuesta llena de propuestas también en el plano social y geopolítico. “La misericordia -continúa el patriarca Twal- no se limita a las relaciones individuales, sino que afecta a todos los ámbitos de la vida pública”.

Si volvemos atrás, se debe recordar que el 21 de diciembre de 1986 el obispo de Molfetta, monseñor Tonino Bello -del cual ha sido introducida la causa de beatificación-, recordó que Giorgio La Pira invitaba a rezar contemplando el mapamundi. Y continuaba afirmando: “El eje sobre el que se debe expresar el deber político de la misericordia tiene dos polos. Estos son: Dios en el cielo, por una parte, y el hombre en la tierra, por otra. Un cristiano que se involucra en política y que no haga síntesis partiendo de estos dos puntos no

podrá ser hombre de misericordia y, por otro lado, podrá hacer muchas cosas, pero no política”.

Política y diplomacia plena de carga profética y escatológica

Deberíamos tomarnos en serio estas palabras y mantener la convicción de que este año santo de la misericordia no es y no debe ser considerado una iniciativa limita-

da a los creyentes católicos ni una práctica espiritual dirigida exclusivamente a la dimensión interior. Hoy más que nunca es necesaria una política y una diplomacia llena de carga profética y escatológica (cfr Mt 25), convencida de que el río desbordado de la miseria humana no pueda nada contra el océano de la misericordia. Porque el verdadero nombre de Dios para todos los hombres sobre la faz de la tierra es “el Misericordioso”.

Tradujo y condensó: MANU ANDUEZA

“Hay muchos episodios narrados por los evangelios donde el Jesús itinerante recibe hospitalidad de la gente, a la vez que la practica con sus anfitriones: el corazón de éstos sale reconfortado. Jesús lleva a la casa que lo acoge amistad, consuelo y salud. Conversa con sus anfitriones sobre el sentido de la vida y de la existencia. Amplía el círculo del “nosotros”, reconociendo a quienes son considerados como “de los otros”. Practica el “diálogo intercultural”. Es la historia de Zaqueo. Son los lazos forjados en casa de Lázaro, Marta y María. Es el reconocimiento de la mujer siriofenicia, en la comarca de Tiro, y de la samaritana en el Pozo de Sicar... Estos episodios nos traen el sabor de la horizontalidad y el aroma de la reciprocidad. Nos hablan del dinamismo del dar y el recibir que se produce entre la persona anfitriona y la acogida, desdibujando la claridad de sus límites.” p. 20

MIGUEL GONZÁLEZ, *“De la hostilidad a la hospitalidad”* (Cristianismo i Justicia, n. 196)